

Plaza pública

para la edición del 16 de junio de 1996

JC vs JC

Miguel Ángel Granados Chapa

En dos pistas, que tal vez se unen en alguna parte, está corriendo actualmente el nombre de Jorge G. Castañeda, el profesor universitario, activista político y escritor. Por un lado, se discute su reunión de comienzos de mayo con el Presidente Salinas, lo que ha dado pie a la torpe acusación que es el inventor de rumores. Por otra parte, se intensificó el intercambio epistolar entre los dos JC, José Córdoba y Jorge Castañeda. Su cruce de recados carece de interés en sí mismo. Aunque ambos han tenido y tienen un relevante papel público, su polémica particular no pasaría de ser la ventilación callejera de una riña privada. Sus implicaciones, y parte de su contenido, sin embargo, adquieren importancia a la luz del futuro inmediato de nuestro país.

Un primer tema relevante en tratándose del encuentro entre Salinas y Castañeda es la necesidad de que este lo haga público. Entiendo que hoy mismo lo hará en el artículo que aparezca en el semanario *Proceso* (que con fecha de lunes aparece el domingo anterior), aunque sea ya irremediable la tardanza. Aunque la cita en Dublín no fue secreta, y sus protagonistas la comunicaron a varias personas en su entorno inmediato, la discreción ha sido contraria a los intereses de Castañeda. Este, que ha recordado a Córdoba el deber de

como de paso, la existencia de una "crítica fundada y objetiva" que ha examinado con severidad sus actos de gobierno y su personalidad pública, durante el sexenio en que fue Presidente, y el año posterior. A esa crítica, dice, la respeta y atiende y trata de responderle con su carta del 3 de diciembre. Pero hay también quienes lo señalan "por molestia personal", o porque a su "incertidumbre se agrega el temor" y por eso se suman "a la crítica de moda", la que lo hace "el villano favorito". Y otros, en fin, "por válido coraje".

Salinas no lo dice así, y de seguro no lo admitirá, pero al enumerar esas causas de desafecto, por una parte niega su afirmación de que se le ataca sólo por intereses mezquinos, y por otro lado reconoce que las zonas sociales donde se le censura son amplias y espaciosas, pues dondequiera hay multitudes que resienten los efectos de su política en general, y la económica en particular.

Todavía engloba en tres categorías más a quienes lo han convertido "en el foco de todos los agravios". Enumera, por un lado, a los colosistas, es decir a quienes "trabajaron con Colosio" y que a la muerte de su líder, y "por haber perdido oportunidades de poder", "canalizan su frustración contra mí". Se refiere después a "funcionarios menores" que se justifican por no poder realizar su trabajo en vista de que "todo se lo dejaron muy mal". Y, en fin, Salinas se sobreestima al considerar que hay quienes, al golpearlo a él, "golpean en realidad al sistema político". Y al insistir en una táctica que antes ya había practicado, consistente en sugerir a Zedillo la

rendir cuentas, no está exento de él, por la trascendencia pública de sus tareas. Como articulista que tiene acceso regular a diversos medios, pudo haberse referido al encuentro, aunque no precisara divulgar su contenido. Pero con mayor razón debe hacerlo como participante en varias iniciativas políticas que suscitan interés en una porción importante de la sociedad mexicana. Entrevistado por el diario *Reforma* para su edición del 10 de junio, Castañeda no hizo la mejor alusión al encuentro, del que había ya noticias torcidas en varias publicaciones. Y un giro suyo pudo hasta parecer una negación de que el encuentro hubiera ocurrido, pues ante una humorosa pregunta de Galo Gómez, Castañeda respondió que "lo único" que sabía sobre Salinas "es que estuvo en Harvard hace dos semanas celebrando una serie de reuniones y seminarios con alumnos y profesores mexicanos y norteamericanos". El entrevistado contó también que los anfitriones de Salinas, el historiador John Womack y el profesor brasileño de derecho Robert Unger, cenaron con el ex Presidente. En ese pasaje quizá, a propósito de pum, pudo haber dado cuenta de su propia cita con Salinas.

Naturalmente que Castañeda no está obligado a dar cuenta pública de cada uno de sus actos privados. Ese no es su género periodístico. Pero un encuentro con Salinas, al que adversarios de Castañeda han sacado provecho, no es una reunión irrelevante, dada la condición que el ex Presidente guarda ante un segmento ancho de la opinión pública. Conocida la posición de Castañeda como antagónica a la de Salinas, no se

conveniencia de hacer causa común frente a adversarios de ambos, asegura sus aparentes oponentes en realidad lo que buscan es "debilitar al gobierno actual".

Aparte esos grupos, Salinas cree, dice creer o quiere hacer creer que se le combate por los intereses que afectó. No parecen haber sido muchos, ni los batió en definitiva, y cuando lo hizo otros ocuparon su lugar, favorecidos por el propio Salinas. Surgido con la apariencia de un régimen reformista, buena parte de la tarea transformadora de ese sexenio fue simple apariencia, que se vino abajo como ocurre con las escenografías hechas de cartón y engrudo. O bien sus logros fueron tan precarios que se han ido revirtiendo poco a poco, por su propia fragilidad.

Hernández Galicia,

sólo sustituido

Es paradigmático de ese género de falsa afectación su ataque a Joaquín Hernández Galicia, apodado *La Quina*. Conviene recordarlo en extenso porque ejemplifica además la doblez de Salinas y su apelación a todo género de recursos para enfrentar a sus adversarios, desposeerlos de poder y entregarlo a nuevos titulares que no ganan legitimidad en su desempeño, y por añadidura, deben gratitud a quien los favoreció.

Secretario general del sindicato petrolero de 1961 a 1964, Hernández Galicia se convirtió a partir de entonces en un poder creciente tras el trono. Todavía durante la gestión de don Jesús Reyes Heróles al frente de Pemex, los dos dirigentes sindicales que sucedieron a *La Quina* (Rafael Cárdenas Lomelí y Samuel Terrazas

entiende fácilmente el que viaje a Irlanda para encontrarse con él.

Cuando en 1994 Castañeda y Demetrio Sodi dieron vida a lo que sería conocido como Grupo San Angel (GSA), se encontraron con Salinas en varias oportunidades. Castañeda, por su parte, lo hizo a solas algunas veces con el Presidente, con el propósito de analizar la fluida situación política de entonces, y discurrir modos en que se aflojaran las tensiones que iban creciendo conforme se aproximaban las elecciones. Fue precisamente en el seno del GSA donde se gestó el temor de una colisión política expresada en la frase de Sodi, afamada por Carlos Fuentes, sobre el choque de trenes. Algunos miembros de ese Grupo encontraron inconveniente tal cercanía con el Presidente (que por supuesto no producía fruto ilegítimo alguno), y esa consideración contó a la hora de resolver si el GSA se haría permanente o desaparecería. Castañeda y otras personas, se retiraron de la informal agrupación al no prosperar su tesis de dar por terminadas sus tareas (las principales de las cuales fueron sendas entrevistas del Grupo con los candidatos presidenciales de mayor significación).

Tal decisión no retrajo a Castañeda de su participación pública, que se orientó a nuclear de nuevo a personajes relevantes (varios de ellos partícipes en el persistente Grupo San Angel), entre ellos Carlos Fuentes y Manuel Camacho con miras a la formulación de nuevos planteamientos políticos, lo que incluiría eventualmente la formación de un partido. Esta última

Zozaya) dispusieron de alguna libertad de movimientos. Pero a partir de 1970, cuando Salvador Barragán Camacho ocupó el principal cargo sindical por primera vez, Hernández Galicia fue el verdadero mandón en el gremio petrolero. Se valió para ello de varios instrumentos, unos de carácter político y aun institucional, como el Grupo Unificador Mayoritario, una especie de PRI interno; la dirección de obras sociales y revolucionarias del sindicato, a través de las cuales derramó dádivas y constituyó un imperio económico. Pero otras herramientas de *La Quina* eran menos mostrables al público. Eran el terror y la corrupción. Dos secretarios generales murieron violentamente, uno asesinado (Heriberto Kehoe) y el otro (Oscar Torres Pancardo) en un sospechoso accidente, acaso por pretender una autonomía impensable en esa estructura de poder. Un líder segundón, que sin embargo había hecho una enorme fortuna, fue secuestrado por una tropilla del sindicato, mientras se hallaba en su refugio en Mc Allen, y traído a México para que se cebara en él la renovación moral del Presidente De la Madrid. De ese modo, Héctor García, apodado significativamente *El trampas*, fue el chivo expiatorio que retrasó durante algunos años el castigo a Hernández Galicia.

El conflicto entre *La Quina* y Salinas comenzó cuando éste era todavía secretario de Programación y Presupuesto. Como responsable de la asignación de obras públicas, y mediante un acuerdo publicado el 30 de enero de 1984, Salinas arrebató al sindicato petrolero

parte de la iniciativa no ha florecido, pues como pueden asegurarlo las quince agrupaciones que pretendieron en vano obtener registro condicionado, para incorporarse al proceso electoral del año próximo, no es tarea sencilla la de organizar un partido.

El activismo de Castañeda, sin embargo, no se frustró enteramente, sino al contrario. Contó entre los principales promotores del ciclo de conferencias Compromisos con la Nación, durante marzo y abril que, si bien no llegó a configurar un programa alternativo de gobierno y no dio pie a iniciar siquiera la organización del partido imaginado, mostró la existencia de un espacio civil muy productivo en la generación de ideas y proyectos. Poco después, Castañeda figuró entre los organizadores del encuentro de intelectuales y políticos latinoamericanos celebrado en Costa Rica. Para México el acontecimiento tuvo la importancia de reunir a protagonistas de la vida pública, cuya convergencia no es excluible aunque sea remota, como Cuauhtémoc Cárdenas, Vicente Fox, Manuel Camacho y David Ibarra.

Desde que Salinas dejó el poder, Castañeda no lo volvió a verlo, hasta que en octubre pasado coincidieron con media docena de personas más en una cena en Nueva York. Quizá como un compromiso de los que suelen generar los encuentros en el extranjero, ambos se dijeron que conversarían cuando tuvieran oportunidad y se intercambiaron señas postales y telefónicas. Más allá de antagonismos políticos, hay claves de entendimiento entre miembros de familias que han estado en el poder

la mitad de los contratos que Pemex debía realizar directamente, así como una participación, una verdadera venta de protección, en los restantes. Todo lo cual, según cálculos de entonces, importó unos ochenta mil millones de pesos en 1983.

También en la política opera la ley de Lavoisier: nada se crea, nada se pierde, todo se transforma. Los montos liberados por la decisión gubernamental se derramaron hacia grandes grupos constructores que prosperarían francamente en el sexenio siguiente, constituyendo una de las principales plataformas de apoyo para Salinas. Por lo demás, no se cegaron de golpe ni por completo las fuentes de ingreso del sindicato, y de *La Quina* en particular. Durante los siguientes cuatro años, sus relaciones con el gobierno fueron tensas, a menudo marcadas por el chantaje, pero el nexo político y financiero que los ataba se mantuvo firme. No lo alteró en la superficie, aunque sí en el fondo, sin embargo, un incidente de la precampaña electoral. En un taller de imprenta cuyo patrocinio se atribuyó siempre a Hernández Galicia, a mediados de 1987 fue dado a la estampa un folleto titulado *¿Un asesino en la presidencia?*, que recreaba el trágico episodio de la sirvienta muerta en casa de los Salinas. Era sin duda un recurso de mala ley, así fuera sólo por el hecho de que Carlos Salinas no tenía más de tres años, y no se le podía imputar responsabilidad en el suceso desde ningún punto de vista. Pero aunque el secretario de Programación y Presupuesto guardó el agravio a flor de piel, y la ofensa creció cuando los dirigentes

(los padres de cada uno fueron secretarios de Estado) y habiéndose formado en el extranjero, viven más tarde en ambientes cosmopolitas.

Estando en Londres (donde su hermano Andrés Rozental es el embajador de México) con el financiamiento de una fundación mexicana, para cubrir diversos intereses académicos, entre ellos una indagación en el Foreign Office sobre el Che Guevara, en cuya biografía trabaja por ahora, Castañeda se trasladó a Dublín, donde ocurrió el encuentro con Salinas al comenzar mayo (no se si el sábado 4 o el lunes 6, pero por supuesto no el sábado 6 como escribí en estas páginas el viernes pasado, que es una fecha inexistente este año).

¿Por qué conversar con Salinas? Castañeda dice que por interés profesional. El está dedicado al análisis político, y se reúne siempre que puede con los ex presidentes Echeverría y López Portillo. Lo hace también con el Presidente Zedillo, a quien ve "con cierta regularidad, no tan regular como yo quisiera, pero teniendo interlución con él". Eso es normal, y empobrece el ambiente público la sospecha de que reunirse con poderosos es capitular ante ellos, o conspirar.

De la conversación deben hablar quienes la sostuvieron, pero es imaginable que dos de los temas hayan sido Camacho y Córdoba. Camacho y Castañeda tienen afinidades, trabajan políticamente próximos y es probable que Salinas deseara enviar mensajes a su antiguo amigo y colaborador. Por lo menos en

petroleros actuaron con ambigüedad en el proceso electoral de 1988, apoyando simultáneamente a Cárdenas y Salinas, a la hora en que éste fue declarado Presidente electo, recibió de inmediato a Hernández Galicia y a Barragán Camacho.

El encuentro se repitió, ya Salinas en funciones, el 3 de enero de 1989. Se cruzaron amenazas, edulcoradas por sonrisas fingidas. Y una semana después, el lunes 10, apenas cuarenta días después de tomar el poder, Salinas asestó el golpe contra *La Quina*: lo hizo aprehender, acusado de acopio de armas y de homicidio. Sentenciado a 35 años de prisión en octubre de 1992, *La Quina* saldrá libre no en el año 2027, sino el 30 de octubre de 1996, pues su condena fue drásticamente reducida después de apelaciones y amparos, hasta quedar en trece años, cuyas tres quintas partes (como lo establecen las reglas de preliberación) se cumplen entonces.

La captura fue aplaudida y objetada. Se la impugnó por el despliegue de fuerza militar, algo contrario a la Constitución pero comprensible por la índole de las acusaciones y el poderío del detenido. Escribí entonces que "si bien es necesario esperar a que la indagación precise los extremos de la situación, la historia del grupo que ha encabezado el sindicato petrolero en las dos décadas recientes, y la lógica de su comportamiento no desmienten la hipótesis en que se ha basado la acción de la autoridad. Esta, sin embargo, tendrá que luchar contra el descrédito en que ha caído: no serán pocas las personas que imaginen un montaje, una puesta en escena

aparición, el vínculo que los unía se ha roto. El ex regente lo ha dicho de varios modos, y ha sido atacado por personas al servicio de Salinas. El propio Castañeda dijo a Gómez que no tiene elemento alguno para pensar en que Alinas y Camacho se hayan reconciliado. Pero los intereses políticos suelen sobreponerse a las dolencias humanas y no sería excluible por entero una restauración del antiguo lazo, si las circunstancias lo hicieran conveniente para cada quien. Aunque no hay señal ninguna de que el ex Presidente y su sucesor se hayan distanciado y mucho menos reñido, a la cavilación zorruna de Salinas difícilmente escapará el hecho de la extendida inconformidad sobre los rendimientos presidenciales y, para una recaptura de espacios públicos favorables, Camacho sería una presencia útil. ¡Vamos, hasta podría intentarse restaurar el viejo proyecto en que cada uno llegaría al poder!

Pero esas son conjeturas. Corresponde a la realidad, sin embargo, el reavivado encono en la relación entre Castañeda y Córdoba. Cercanos durante largo tiempo ("éramos bastante amigos, una vez al mes nos íbamos a comer juntos"), hoy son su respectiva pluma de vomitar. La nueva, recíproca andanada, la inició Castañeda al anunciar el 3 de junio, en *Proceso*, el regreso de Córdoba. Debido a su formación, Castañeda compara al ex asesor presidencial con personajes de la literatura francesa y alemana, Martín Guerre y Mack the Kniffe (más bien creado por Bertolt Brecht y no por Kurt Weil, autor de la música y no del libreto de la *Opera de tres centavos* a que corresponde la canción citada por

Tampoco Salinas representaba el bien frente a ese demonio. Era previsible, el propio lunes 10 de enero de 1989, que Salinas no dismantlaría el poder sindical que atacaba, sino sólo lo haría mudar de protagonistas y en su provecho. Si "todo queda allí, en simples componendas", concluí entonces, la agresión a *La Quina* "parecería un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Y el gobierno tiene que fijarse miras y metas más altas, porque no es una pandilla y no podemos admitir que actúe como tal". Lo hizo, sin embargo, y en los años siguientes prohijó dos liderazgos tan corruptos como el de Hernández Galicia, encabezados por Sebastián Guzmán Cabrera y Carlos Romero Deschamps, ambos quinistas en su hora. Tan claro fue el compromiso de Salinas con ellos, que Romero Deschamps recibió la bendición presidencial para ser senador por Hidalgo, a pesar de que no es oriundo de esa tierra ni su sindicato tiene una presencia dominante en el ambiente laboral hidalguense.

Sergio Bolaños, reputado como el prestanombres de Hernández Galicia, administrador de enormes recursos propios de *La Quina* y del sindicato a través de un consorcio llamado Grupo Serbo, anagrama de su propio nombre, gozó del beneficio de quien maneja el dinero. En vez de sufrir prisión prolongada, como su jefe y socio, salió libre en octubre de 1992, luego de pagar en especie más de trescientos mil millones de pesos a Hacienda, pues sólo se le acusó de evasión fiscal. La levedad de la condena es sospechosa, y abre terrenos a las conjeturas, pues esa lenidad pudo estar determinada

Castañeda, quien el 10 de junio lo denunció como autor de una campaña de prensa en su contra, "una campaña clásica a su estilo: utilizar columnistas desacreditados, locutores de radio desacreditados o inocentes, unir hechos aislados que no tienen nada que ver unos con otros, juntarlos para crear la impresión de una conspiración, de una acción decidida, practicar el tema de la insinuación y culpa por asociación".

Córdoba envió una primera carta a *Reforma*, negando haber organizado antes o ahora (y anunciando que no lo hará en el futuro) campaña de prensa ninguna contra Castañeda, y negando que mantenga vinculación alguna con el gobierno. Castañeda replicó y el todavía consultor del Banco Mundial produjo su dúplica. De ella se desprendió información relevante sobre el alcance de su papel en asuntos específicos a que Castañeda lo retó a entrar. Pero no consiguió, en rigor estricto, que Córdoba respondiera por sus actos (*rendre compte* ó *be accountable for*, como le pidió que hiciera en el francés e inglés en que ambos se expresan fluidamente), pues formalmente el ex asesor presidencial lo hizo ante quien debía hacerlo, el Presidente Salinas, su jefe desde fines de los años setenta, en la SPP, y hasta hace poco más de dos años. A su turno, Salinas pareció estar complacido con los servicios de su consejero, a quien llenó de privilegios y puso oportunamente a salvo.

Es Salinas, por lo tanto, quien debe responder. El sí tuvo responsabilidades expresas, exigibles jurídica y políticamente. Me refiero a una respuesta institucional, no una carta como la que en defensa propia expidió

por acuerdos para compartir la fortuna no entregada a las autoridades. Que no era magra, lo probó una posterior aparición en público de Bolaños, que quiso construir una inmensa torre para oficinas en la privilegiada esquina de Paseo de la Reforma y Tíber, en la ciudad de México, para lo cual contó con autorización oficial.

Cuando Bolaños fue sentenciado a un tiempo de cárcel exactamente igual al que ya había cubierto, se encontraba disfrutando de un privilegio que su antiguo jefe no había podido obtener, pese a requerir con frecuencia asistencia médica excepcional. Bolaños estaba en una suite del hospital Inglés, donde pagaba sólo por el hospedaje tres cuartos de millón de pesos al día.

O sea que la furia de Salinas contra la corrupción sindical petrolera fue selectiva y no duradera. O sea que esos intereses afectados fueron simplemente sustituidos por otros.

Una red de

poder personal

Lo mismo puede predicarse de su pretendida "apertura de la vida pública", a su juicio necesaria "para ir dejando atrás las relaciones sociales dominadas por grupos aferrados al poder a lo largo de varios decenios" y concretada en "reformas para romper el control de los grupos políticos enquistados en el Estado. Se trataba de reformas desde adentro a las estructuras de poder, creando nuevas bases populares, no con el propósito de prolongar a personas, sino para construir nuevas instituciones, más abiertas y democráticas".

desde un lugar ignorado entonces el 3 de diciembre pasado. Mientras falte esa respuesta, mientras no se haya asumido esa responsabilidad, seremos una sociedad insatisfecha. Podremos aproximarnos a saber qué piensa hoy Salinas, sin embargo, si Castañeda comprende que más allá de la discreción a que obliga una reunión de amigos, están intereses más generales, que quieren conocer de qué habló con su antagonista político. Si ha resuelto combatir políticamente a Córdoba, importa saber por qué no hace lo propio con quien convertía en decisiones los consejos del asesor.

Ninguna de esas afirmaciones corresponde con la verdad. Salinas pretendió establecer una red de poder personal, para lo cual buscó mediatizar y aun nulificar las estructuras tradicionales del partido gubernamental, no en bien de la participación social amplia, sino para beneficio de sus amigos y de su proyecto de permanencia en el mando político.

De ese modo, Luis Donald Colosio fue colocado al frente del PRI para construir "un partido de ciudadanos", con desmedro de la vieja composición sectorial. Sin embargo, Salinas y Colosio tuvieron que rendirse ante las inercias y, cuando mucho, remozaron algunas conductas y vitalizaron nuevas presencias, que no sustituyeron por completo a las antiguas. Prevalcieron los sectores obrero, campesino y popular. Y si bien la agrupación en que este último se condensaba, la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, CNOP, fue eliminada, no tardó mucho en aparecer su reemplazo, sólo con otro nombre, el Frente de Organizaciones y Ciudadanos. A la hora de escribir estas líneas, en febrero de 1996, estaba en curso una iniciativa restauradora, por la que volvería a llamarse CNOP el sector popular.

Se habrían afectado intereses, y éstos se hubieran vuelto contra Salinas, si los grupos de control de los sectores hubieran perdido sus privilegios. Pero Fidel Velázquez siguió donde estaba, la CNC fue domada para que recibiera gozosa a un antiguo opositor de esa central, Hugo Andrés Araujo, amigo de Salinas desde la juventud. Y los grupos de poder y de interés en el sector

JC vs JC

En Dublín, Jorge G. Castañeda conversó con Carlos Salinas, pero en México ha decidido combatir políticamente a quien fue el principal consejero del Presidente, José Córdoba, a quien ha reclamado que rinda cuentas de una actuación de que Salinas era responsable.



EN DOS PISTAS, QUE TAL VEZ SE UNEN EN alguna parte, está corriendo actualmente el nombre de Jorge G. Castañeda, el profesor universitario, activista político y escritor. Por un lado, se discute su reunión de comienzos de mayo con el presidente Salinas, lo que ha dado pie a la torpe acusación que es el inventor de rumores. Por otra parte, se intensificó el intercambio epistolar entre los dos JC, José Córdoba y Jorge Castañeda. Su cruce de recados carece de interés en sí mismo. Aunque ambos han tenido y tienen un relevante papel público, su polémica particular no pasaría de ser la ventilación callejera de una riña privada. Sus implicaciones, y parte de su contenido, sin embargo, adquieren importancia a la luz del futuro inmediato de nuestro país.

Un primer tema relevante en tratándose del encuentro entre Salinas y Castañeda es la necesidad de que éste lo haga público. Entiendo que hoy mismo lo hará en el artículo que aparezca en el semanario *Proceso* (que con fecha de lunes aparece el domingo anterior), aunque sea ya irremediable la tardanza. Aunque la cita en Dublín no fue secreta, y sus protagonistas la comunicaron a varias personas en su entorno inmediato, la discreción ha sido contraria a los intereses de Castañeda. Este, que ha recordado a Córdoba el deber de rendir cuentas, no está exento de él, por la trascendencia pública de sus tareas. Como articulista que tiene acceso regular a diversos medios, pudo haberse referido al encuentro, aunque no precisara divulgar su contenido.

Pero con mayor razón debe hacerlo como participante en varias iniciativas políticas que suscitan interés en una porción importante de la sociedad mexicana.

Entrevistado por el diario *Reforma* para su edición del 10 de junio, Castañeda no hizo la mejor alusión al encuentro, del que había ya noticias torcidas en varias publicaciones. Y un giro suyo pudo hasta parecer una negación de que el encuentro hubiera ocurrido, pues ante una humorosa pregunta de Galo Gómez, Castañeda respondió que "lo único" que sabía sobre Salinas "es que estuvo en Harvard hace dos semanas celebrando una serie de reuniones y seminarios con alumnos y profesores mexicanos y norteamericanos". El entrevistado contó también que los anfitriones de Salinas, el historiador John Womack y el profesor brasileño de derecho Robert Unger, cenaron con el ex Presidente. En ese pasaje quizá, a propósito de pum, pudo haber dado cuenta de su propia cita con Salinas.

Naturalmente que Castañeda no está obligado a dar cuenta pública de cada uno de sus actos privados. Ese no es su género periodístico. Pero un encuentro con Salinas, al que adversarios de Castañeda han sacado provecho, no es una reunión irrelevante, dada la condición que el ex Presidente guarda ante un segmento ancho de la opinión pública. Conocida la posición de Castañeda como antagónica a la de Salinas, no se entiende fácilmente el que viaje a Irlanda para encontrarse con él.

Cuando en 1994 Castañeda y Demetrio Sodi dieron vida a lo que sería conocido como Grupo San Angel (GSA), se encontraron con Salinas en varias oportunidades. Castañeda, por su parte, lo hizo a solas algunas veces con el Presidente, con el propósito de analizar la fluida situación política de entonces, y discurrir modos en que se aflojaran las tensiones que iban creciendo conforme se aproximaban las elecciones.

Fue precisamente en el seno del GSA donde se gestó el temor de una colisión política expresada en la frase de Sodi, afamada por Carlos Fuentes, sobre el choque de trenes. Algunos miembros de ese Grupo encontraron inconveniente tal cercanía con el Presidente (que por supuesto no producía fruto ilegítimo alguno), y esa consideración contó a la hora de resolver si el GSA se haría permanente o desaparecería. Castañeda y otras personas, se retiraron de la informal agrupación al no prosperar su tesis de dar por terminadas sus tareas (las principales de las cuales fueron sendas entrevistas del Grupo con los candidatos presidenciales de mayor significación).

Tal decisión no retrajo a Castañeda de su participación pública, que se orientó a nuclear de nuevo a personajes relevantes (varios de ellos participantes en el persistente Grupo San Angel), entre ellos Carlos Fuentes y Manuel Camacho con miras a la formación de nuevos planteamientos políticos, lo que incluiría eventualmente la formación de un partido. Esta última parte de la iniciativa no ha florecido, pues como pueden asegurarlo las quince agrupaciones que pretendieron en vano obtener registro condicionado, para incorporarse al proceso electoral del año próximo, no es tarea sencilla la de or-

ganizar un partido.

El activismo de Castañeda, sin embargo, no se frustró enteramente, sino al contrario. Contó entre los principales promotores del ciclo de conferencias Compromisos con la Nación, durante marzo y abril que, si bien no llegó a configurar un programa alternativo de gobierno y no dio pie a iniciar siquiera la organización del partido imaginado, mostró la existencia de un espacio civil muy productivo en la generación de ideas y proyectos. Poco después, Castañeda figuró entre los organizadores del encuentro de intelectuales y políticos latinoamericanos celebrado en Costa Rica. Para México el acontecimiento tuvo la importancia de reunir a protagonistas de la vida pública, cuya conver-



Activista político, profesor y escritor, Jorge G. Castañeda

se reunió con Salinas ex Presidente ya dos veces, una en Nueva York, en octubre pasado, y la reciente y aún no explicada por él mismo en la capital irlandesa.

gencia no es excluible aunque sea remota, como Cuauhtémoc Cárdenas, Vicente Fox, Manuel Camacho y David Ibarra.

Desde que Salinas dejó el poder, Castañeda no volvió a verlo, hasta que en octubre pasado coincidieron con media docena de personas más en una cena en Nueva York. Quizá como un compromiso de los que suelen generar los encuentros en el extranjero, ambos se dijeron que conversarían cuando tuvieran oportunidad y se intercambiaron señas postales y telefónicas. Más allá de antagonismos políticos, hay claves de entendimiento entre miembros de familias que han estado en el poder (los padres de cada uno fueron secretarios de Estado) y habiéndose formado en el extranjero, viven más tarde en ambientes cosmopolitas.

Estando en Londres (donde su hermano Andrés Rozental es el embajador de México) con el financiamiento de una fundación mexicana, para cubrir diversos intereses académicos, entre ellos una indagación en el Foreign Office sobre el Che Guevara, en cuya biografía trabaja por ahora, Castañeda se trasladó a Dublín, donde ocurrió el encuentro con Salinas al comenzar mayo (no se si el sábado 4 o el lunes 6, pero por supuesto no el sábado 6 como escribí en estas páginas el viernes pasado, que es una fecha inexistente este año).



Comparado con Mack the Kniffe, el ex jefe de la Oficina de la Presidencia José Córdoba

tal vez hubiera querido ser puesto en la tesitura de una canción mexicana, "El ausente": "Ya vine de donde andaba, se me concedió volver..."

¿Por qué conversar con Salinas? Castañeda dice que por interés profesional. El está dedicado al análisis político, y se reúne siempre que puede con los ex presidentes Echeverría y López Portillo. Lo hace también con el presidente Zedillo, a quien ve "con cierta regularidad, no tan regular como yo quisiera, pero teniendo interlocución con él". Eso es normal, y empobrece el ambiente público la sospecha de que reunirse o poderlos es capitular ante ellos, o conspirar.

De la conversación deben hablar quienes la sostuvieron, pero es imaginable que dos de los temas hayan sido Camacho y Córdoba. Camacho y Castañeda tienen afinidades, trabajan políticamente próximos y es probable que Salinas deseara enviar mensajes a su antiguo amigo y colaborador. Por lo menos en apariencia, el vínculo que los unía se ha ro-

to. El ex regente lo ha dicho de varios modos, y ha sido atacado por personas al servicio de Salinas. El propio Castañeda dijo a Gómez que no tiene elemento alguno para pensar en que Salinas y Camacho se hayan reconciliado. Pero los intereses políticos suelen sobreponerse a las dolencias humanas y no sería excluible por entero una restauración del antiguo lazo, si las circunstancias lo hicieran conveniente para cada quien. Aunque no hay señal ninguna de que el ex Presidente y su sucesor se hayan distanciado y mucho menos reñido, a la cavilación zorruna de Salinas difícilmente escapará el hecho de la extendida inconformidad sobre los rendimientos presidenciales y, para una recaptura de espacios públicos favorables, Camacho sería una presencia útil. ¡Vamos, hasta podría intentarse restaurar el viejo proyecto en que cada uno llegaría al poder! Pero esas son conjeturas. Corresponde a la realidad, sin embargo, el reavivado encono en la relación entre Castañeda y Córdoba. Cercanos durante largo tiempo ("éramos bastante amigos, una vez al mes nos íbamos a comer juntos"), hoy son su respectiva pluma de vomitar.

La nueva, recíproca andanada, la inició Castañeda al anunciar el 3 de junio, en *Proceso*, el regreso de Córdoba. Debido a su formación, Castañeda compara al ex asesor presidencial con personajes de la literatura francesa y alemana, Martín Guerre y Mack the Kniffe (más bien creado por Bertolt Brecht y no por Kurt Weil, autor de la música y no del libreto de la *Opera de tres centavos* a que corresponde la canción citada por Castañeda). Quizá a Córdoba le hubiera gustado mejor ser comparado con personajes de nuestra música vernácula, pues se ufana de ser "mexicano por decisión propia", por ejemplo "El ausente" de Felipe Valdez Leal: "ya vine de donde andaba, se me concedió volver..."

Desde que en abril de 1994 abandonó la poderosa Oficina de la Presidencia, en que cogobernó con Salinas, Córdoba ha vivido sobre todo en Washington, primero como representante mexicano ante el Banco Interamericano de Desarrollo y luego, ya fuera del gobierno, como asesor del Banco Mundial. Varias veces se habló de su retorno a México, y de hecho aquí escribió la carta en que sin éxito instó al procurador Antonio Lozano a llamarlo a emitir cualquier declaración. Ahora, un mes después de su encuentro con Salinas, Castañeda ofreció pormenores de su reasentamiento entre nosotros: "Gracias a su lealtad hacia, y su amistad con, Ernesto Zedillo -su verdadero amigo en México, más que Carlos Salinas, Francisco Gil o Guillermo Ortiz, según una de las pocas personas que realmente sabe- viene cada dos semanas a México, a pasar tres o cuatro días; ya escribió a sus hijas en el Liceo Francés (Polanco), para septiembre; ya está buscando oficinas donde instalarse; y ya desempeña un papel crucial en la toma de decisiones y en la aplicación de las mismas".

Tras reconocer el derecho de Córdoba a reasumir en el gobierno un papel central en el gobierno, Castañeda anunció que lo combatiría "políticamente". Córdoba se le habría adelantado, por medios ruines, según el propio Castañeda, quien el 10 de junio lo denunció como autor de una campaña de prensa en su contra, "una campaña clásica a su estilo: utilizar columnistas desacreditados, locutores de radio desacreditados o inocentes, unir hechos aislados que no tienen nada que ver unos con otros, juntarlos para crear la impresión de una conspiración, de una acción decidida, practicar el tema de la insinuación y culpa por asociación".

Córdoba envió una primera carta a *Reforma*, negando haber organizado antes o ahora (y anunciando que no lo hará en el futuro) campaña de prensa ninguna contra Castañeda, y negando que mantenga vinculación alguna con el gobierno. Castañeda replicó y el todavía consultor del Banco Mundial produjo su dúplica. De ella se desprende información relevante sobre el alcance de su papel en asuntos específicos a que Castañeda lo retó a entrar. Pero no consiguió, en rigor estricto, que Córdoba respondiera por sus actos (rendre compte ó be accountable for, como le pidió que hiciera en el francés e inglés en que ambos se expresan fluidamente), pues formalmente el ex asesor presidencial lo hizo ante quien debía hacerlo, el presidente Salinas, su jefe desde fines de los años setenta, en la SPP, y hasta hace poco más de dos años. A su turno, Salinas pareció estar complacido con los servicios de su consejero, a quien llenó de privilegios y puso oportunamente a salvo.

Es Salinas, por lo tanto, quien debe responder. El sí tuvo responsabilidades expresas, exigibles jurídica y políticamente. Me refiero a una respuesta institucional, no a una carta como la que en defensa propia expidió desde un lugar ignorado entonces el 3 de diciembre pasado. Mientras falte esa respuesta, mientras no se haya asumido esa responsabilidad, seremos una sociedad insatisfecha. Podremos aproximarnos a saber qué Castañeda comprende, sin embargo, si Castañeda comprende que más allá de la discreción a que obliga una reunión de amigos, están intereses más generales, que quieren conocer de qué habló con su antagonista político. Si ha resuelto combatir políticamente a Córdoba, importa saber por qué no a Córdoba, importa saber convertía en decisiones los consejos del asesor.